

apiñaban en torno de él, alargando la cabeza para ver la boleta, se enteró de que había sido aprobado por unanimidad en las tres materias, alcanzando la calificación de tres muy bien en Anatomía topográfica, de dos perfectamente bien en Patología externa y de tres en interna. Sus compañeros acogieron con gritos de júbilo la noticia, le felicitaron con ruidosas manifestaciones, le dieron estrechos abrazos, oyéronse algunos gritos de ¡viva Pacotillas! y, casi en peso, le bajaron de la escalera.

Patillitas estaba radiante de júbilo, el triunfo de su amigo íntimo le llenaba de satisfacción y de orgullo como si fuera triunfo propio, le abrazó tres veces, levantándole en peso, no se cansaba de decirle:

— ¡Caramba! ¡Qué *planchado* eres! te tengo envidia, quién se lo hubiera esperado, después de tantos contratiempos que has tenido, de las miserias que has pasado, de aquella pulmonía que por poco te lleva. Les has dado un bofetón sin mano á los envidiosos y habladores, que decían que eras un perdido y que ya no servías para nada. ¡Vaya, que tengo un gusto!...

Pasearon juntos un rato, comentando el fausto suceso; Pacotillas se despidió de él y se apresuró á llevar la buena nueva á su querida Amalia.. Esta había encendido un cabo de cera delante de su Virgencita de Guadalupe, le bastó oír los pasos de Paco para inferir el resultado feliz, salió á su encuentro, le recibió con los brazos abiertos, y las almas de aquellas interesantes criaturas gustaron el rato más dulce de todo aquel año de penalidades.

## CAPÍTULO XII

¡Qué gusto me da volverte á ver!

En la mañana del siguiente día duraba aún, en el ánimo de Pacotillas, el estado lisonjero, producido por el feliz resultado del examen. Sentíase ligero como si tuviera alas, y tan satisfecho como si hubiera alcanzado un triunfo espléndido; la luz le parecía más radiante, las calles más concurridas, las gentes más alegres y animadas. Tenía delante de sí, como perspectiva deliciosa, tres meses de descanso, ó lo que es lo mismo de ventura, pues se iba á consagrar en cuerpo y alma al cariño de Amalia, sin penurias que le amargasen las horas, y sin estudios áridos y aburridos que abrumasen su ánimo.

Su única tarea obligatoria era el boletín diario de *El Independiente*; pero esa tarea no le parecía pesada y le placía mucho, pues le ponía en el caso de discutir los asuntos públicos y de contribuir, según creía él, á la felicidad de la patria sosteniendo nobles y progresistas ideales.

Su situación pecuniaria era buena. Don Marcos, fiel á su promesa, le abonaba con toda puntualidad veinte pesos semanarios, que, para personas de tan sencillos gustos, tan sobrias costumbres y tan arreglada vida como Amalia y él, bastaban y aun sobraban. Forjaba, pues, el feliz estudiante, mientras se encaminaba á la redacción, un programa halagüeño de inocentes diversiones y encanta-

dores paseos, en que Amalia y él emplearan las horas de ocio de aquellos tres meses de vacaciones.

Si la perspectiva próxima era halagüeña, la remota era casi deslumbradora; el año siguiente cursaría cuarto año, el otro quinto; terminaría sus estudios y obtendría aquel título tan deseado, que tantas veces llegó á creer inaccesible y cuya posesión anhelaba, con tanto más ahinco cuanto más había luchado por no perderlo de vista. Ahora caminaba en terreno firme, ya no había obstáculos en el camino, y para llegar al fin bastaría recorrer con perseverancia la parte que faltaba.

El porvenir no se le presentaba sombrío ni dificultoso; sino claro, plácido y fácil. Se recibiría, y nadie podría decir á qué altura llegara; tenía elementos de sobra para vencer en la lucha por la vida. Acariciado por tan risueñas ideas, llegó á la redacción; don Marcos le felicitó cordialmente, le dió buenos consejos, y robusteció con reflexiones sensatas el hermoso optimismo en que el estudiante se mecía. A trabajar, se dijo Pacotillas, y reanudó el hilo de aquellos boletines acres, en que censuraba el contrato celebrado por el Ministro.

Su pluma corría rápida sobre el papel, y su especial chasquido parecía un himno triunfal; alineábanse los renglones, llenábanse las cuartillas, la mano del estudiante se movía con agitación febril, y, en su fruncido entrecejo, se revelaba el profundo ensimismamiento de su espíritu. El acompasado sonido del péndulo, y hasta las toses sonoras de don Marcos, parecían excitar el activo cerebro del feliz boletinista.

A los tres cuartos de hora estaba acabado el boletín.

Don Marcos, dejando la correspondencia de Castelar, que le había entretenido mientras su boletinista escribía, examinó con mucha atención el nuevo editorial, ensalzándole hasta las nubes.

Pacotillas, terminada la tarea, conversó un rato con su jefe y se retiró. Le sobraba tiempo, nada tenía que hacer, y comenzó á experimentar esa especial sensación de vacío, que agobia á los espíritus activos, si falta repentinamente objeto á su acción. ¡Cosa rara! le hacía falta la constante preocupación, que la proximidad del examen producía en él los días anteriores, llenando su espíritu; no sabía qué hacer mientras llegaba la hora de comer, y su laxitud y sensación de vacío distaban muy poco del fastidio; las sonrosadas ideas de la mañana habían desaparecido, como bandada de aves asustadas por el mal tiempo.

Recorría casi triste la primera calle de Plateros, cuando sintió que una mano cariñosa le palmeaba repetidas veces el hombro, y que una voz muy conocida le decía con afectuosa entonación:

—¡Hola, queridísimo Paco!

Volvió la cabeza el interpelado, y vió la elegante figura, el atildado traje y la fea cara del Chango.

—¿Cómo te va, Chango?—le contestó con frialdad.

—¡Ingrato! ¿cómo puedes olvidar á tus antiguos condiscípulos? yo me acuerdo mucho de tí, y en prueba de ello, ya sé que te examinaste ayer, que sacaste muy buena calificación, por lo cual te felicito.

Y al expresarse así, hacía Robles ademanes elocuentes; Pacotillas le contestó con aquel aire distraído, que le hacía tan original.

— Mucho te agradezco lo pendiente que estás de mí.

— ¡Qué genio, hombre! cada día más agreste, más insociable.

— Y tú cada vez más sociable y más urbano, — le contestó Paco con ironía.

— Ahora corres de mi cuenta, quieras que no, me perteneces, te cojo de leva, te plagio.

— No puedo, estoy ocupadísimo.

— ¡Mentiroso! ¡qué ocupado has de estar! si estás en vacaciones; lo que hay es que no me quieres. No te admito la excusa; por lo pronto, vamos á casa de Moesser, para humedecer las fauces. Anda, vamos á echar una cana al aire, vamos á salar, como lo hacíamos en el colegio; dígolo por mí que sí tengo mucho que hacer, pero es tal el gusto que me da verte, que vuelvo á sentirme colegial.

Pacotillas nada contestó, y se dejó conducir pasivamente; le sorprendía el afecto que tan extemporaneamente le demostraba el Chango, el cual, desde que se había elevado á la categoría de gran señor, maldito el caso que hacía de los que habían sido sus condiscípulos; lejos de buscarlos, los esquivaba, como si temiera que le lanzaran crueles puyas, y le dijeran verdades amargas.

Aquí ha de haber gato encerrado, pensaba Pacotillas, sospechando que las zalamerías de Robles habían de relacionarse con los boletines del *Independiente*. Me quiere conquistar este cortesano, seguía pensando Pacotillas, dejémosle hacer, mostrémonos condescendientes, á ver de qué color sale ese gato.

Llegaron á la concurrida cantina, que ya comenzaba á verse muy favorecida por sus numerosos parroquianos;

sentáronse ante una mesita, algo apartada de la casi incesante corriente de los que entraban y salían, lo cual no era obstáculo para que la mayor parte de los consumidores saludasen cortés y afectuosamente á Robles.

Sentados ya, y, teniendo delante sendas copas de coñac, el Chango volvió á palmear la espalda de Téllez, y dirigiéndole una mirada cariñosa le dijo:

— Pues sí, queridísimo Pacotillas, si vieras cómo me aburre y fastidia la vida que llevo, y que, en malditísima hora escogí: siempre asediado por los pretendientes, recibiendo á todas horas recomendaciones, hablando con este y con el otro, y teniendo que ponerles buena cara, aunque me estén llevando los diablos; siempre observando al jefe y adivinándole el humor, ¡te digo que es un fastidio!...

— Bien te lo creo, dijo Pacotillas, y ya que tan arrepentido te muestras, supongo que renunciarás á esa vida y te reconciliarás con los libros.

— No, hombre, no tanto; ¡qué extremoso eres! Que yo reconozca los inconvenientes de mi condición, no quiere decir que la vaya á abandonar por otra; bastante filósofo eres para saber que el hombre se aburre en todas partes, y se queja de todo.

En este momento entraron cuatro personajes de sombrero de copa en la cabeza, cadena de oro en el chaleco, y puño del mismo precioso metal en el bastón. Se conocía á leguas que uno de ellos era de más *polendas* que los demás, pues taconeaba más recio, hablaba más alto, le cedían el paso sus compañeros, y hacía menos cumplidos que los que recibía.

Acercáronse los cuatro al mostrador, y el que parecía jefe del grupo, y que también era el más corpulento, apoyó el codo izquierdo en la lámina de zinc, que al dicho mostrador forra, y dijo, con recia voz y arrogantes ademanes:

—¡Muchacho! ¡nuestra cerveza! ¡pronto!

Momentos después el amarillento líquido, coronado por gruesa capa de espuma, estaba servido en grandes, altos y angostos vasos, que casi cubos de noria parecían. Cada consumidor tomó el suyo, lo chocó con el del jefe, y la cerveza pasó rápidamente del cristalino vaso al grueso abdomen de los bebedores.

El jefe tiró al mostrador un sobado billete, y mientras le daban lo *vuelto*, paseó sus miradas por el recinto, y de repente su fisonomía se animó, y dijo á sus compañeros:

—¡Diablo! ¡miren quien está ahí! ¡el queridísimo Robles, vamos á *cáerle!*

Entretanto le habían cambiado el billete, y así que se hubo guardado el dinero, se dirigió, seguido de sus amigos, hacia donde departían Robles y Téllez.

—¡Muy bien! señor secretario; ¡uno haciendo antesala, y su señoría muy quitado de la pena, haciendo las once!

—¡Oh, señor Gobernador! dijo Robles, poniéndose rápidamente en pie, saludó á todos, presentó á Pacotillas, invitó á los recién llegados á que se sentaran, arrimando él mismo banquillos próximos, después de lo cual les dijo:

—Ahora me hará usted el honor, lo mismo que los señores, de tomar una copa con nosotros.

—¿Por qué no, muchacho?— dijo el Gobernador, tirando á Robles cariñosamente de una oreja, —esa copa será la

multa que le *impóngamos* por la antesala que nos ha dado, y lo inútil que fué. ¡Qué diablo de Robles este! —añadió volviendo á tirarle de la oreja.

—¿De qué la toma, señor Gobernador?— le dijo Robles, ¿y los señores, qué desean?— agregó dirigiéndose á los interpelados.

—Tomamos cerveza, — dijo el Gobernador contestando por todos.

—¿Repetimos, Paco?— dijo á éste el Chango.

—Repetiremos, — contestó Paco friamente.

El señor Gobernador había acomodado ya su gruesa persona en el angosto banquillo; parecía un elefante sentado en un banco de piano, se limpió con un gran pañuelo el sudoroso rostro, y dijo á Robles en tono de cariñoso reproche:

—¡Roblitos! ¡Roblitos! no sea usted malo, despácheme ese negocio, ya me quiero volver á mi insula, figúrese no más que mis diputados me están discutiendo el presupuesto, y si no me voy me pueden hacer una *zacualtipana*; figúrese no más que hay en el congreso dos licenciaditos que me tienen frito, no me vayan á alborotar la gallera, no sea que me pierdan el miedo por andar yo por acá, y se me *insurjenten*.

—Pero señor, si no depende de mí, que si dependiera ya estaría despachado, el jefe lo tiene en estudio, y no acuerda todavía.

—Esa es música celestial, Roblitos; usted se disculpa con el jefe, el jefe le echa la culpa al Presidente, el Presidente al jefe, el jefe á usted, y sale un *batiboleo* de todos los diablos, y luego, *échele un pial á esa pulga*.

—De veras, señor, ya el asunto no está en mis manos, está en las del jefe.

—¡Qué jefe ni qué ojo de bala, Roblitos! si anoche hablé con él, y me dijo que estaba el asunto pendiente del acuerdo presidencial; anoche hablé también con el señor Presidente, y me dijo que no más se paraba por el Ministro, conque á ver qué charro me laza esa pulga.

El Gobernador calló un ratito, y mientras callaba se fijaba atentamente en Pacotillas. Después, como si cayera en la cuenta de algo que no había advertido, exclamó:

—¡Ah, vaya! entonces el señor ha de ser el que escribe en *El Independiente*; mucho gusto en conocerlo, pero la verdad no me gusta su periódico, ni me cuadran sus artículos.

—Lo siento, pero no tiene remedio, — contestó casi con grosería Pacotillas.

La cerveza había sido apurada entretanto, y el Gobernador, seguido de sus acólitos, se despidió, volviendo á recomendar á Robles el despacho de aquel negocio.

—¡Ya ves! — dijo el Chango, con tono entre desenfado y lastimero, cuando volvió á quedar solo con su amigo;—esta es mi vida, no tengo un momento libre, los importunos me asedian, me acosan; ¡yo, que me proponía entregarme contigo á un rato de expansión y olvido, hablar de otra cosa que no fueran negocios, trámites, proyectos, Ministros, secciones, y demás jerga burocrática, que Dios confunda!...

Como para justificar los lamentos del Chango, dichas apenas estas palabras entró otro grupo de bebedores, que lo llenaron de cortesías, y luego otro, y luego otro más;

todos eran personajes del mundo político, quienes diputados, quienes concejales, no faltaban senadores y más bien abundaban que escaseaban los generales. Todos tenían ó podían tener más tarde asuntos en el ministerio en que el Chango era *factotum*, y les convenía tener grato á aquel muchacho que era, valga el mote, la *antepersona* del ministro.

Unos se contentaban con saludar al joven desde el lugar en que estaban sentados, hasta el asiento de Robles llegaban otros; quienes le ofrecían copas, quienes le hacían diversas preguntas ó bromeaban con él; por último, fué tal el aguacero de amigos y conocidos que cayó sobre Robles y tal la granizada de palmadas que resistieron sus espaldas, que, aburrido al fin, dijo á su amigo:

—Es imposible que esta gente nos deje hablar en paz, y yo que lo deseo tanto; quiero esplayarme contigo un rato, quiero hablar con un amigo antiguo, que no tiene negocios, que nada solicita, que nada me pide, y demostrarle que no me olvido de él, y que pienso en su porvenir más tal vez de lo que él se imagina. ¿Serías tan bueno que me acompañaras á casa? Comerás conmigo, conocerás á mi mujer; después de comer charlaremos largo y con toda libertad; te ofrezco un café delicioso, sazonado con un coñac exquisito.

—Mucho agradezco tu fineza,—le contestó Téllez, esforzándose en endulzar su acento, pues ya le empalagaba tanta miel como su antiguo compañero le echaba encima;—pero no puedo aceptar, porque me lo impiden varias atenciones.

—¡Desdeñoso y malo que eres conmigo! — dijo Robles;

—¡qué atenciones! ¡Ah! sí, acompañar á tu Amalia. ¿Y cómo está? Dispensa que no te haya preguntado antes por ella; pues mira, le enviamos un recado, avisándole que comes conmigo y *pax cristi*. ¡Vaya, hombre, te lo rogaré por nuestra antigua amistad!

Pacotillas cedió mal de su grado á tan urgentes súplicas, pues le había picado la curiosidad el empeño de su amigo, y quería saber adónde iría á parar Robles después de tanto mimo. Además, por muy filósofo y despreocupado que fuera, tenemos que decir, encargando mucha reserva, que quería ver de cerca el hogar y la familia de aquel singular tipo, pues sobre ello corrían en el público rumores picantes, capaces de dar curiosidad á una estatua.

Alcanzada la venia, sacó el Chango del bolsillo del chaleco una magnífica repetición, cuyo brillo deslumbrador atrajo involuntariamente las miradas de Pacotillas, que, para saber la hora, tenía por oráculo un pobre relojito de plata.

—Son las doce,—dijo Robles,—escribe el recado; yo me encargo de mandarlo con el primer conserje, mozo de oficios ó agente de la reservada con que tropiece; te aseguro que no andamos diez pasos sin encontrar un mercurio que lleve con rapidez la misiva.

Pusiéronse en pie tardando mucho en salir, tantos fueron los saludos que tuvo el Chango que hacer, y las recomendaciones y encargos que tuvo que escuchar.

Al llegar los dos amigos á la puerta de la calle, se tenía en frente de ella un coche de sitio con dos mujeres perdidas de nacionalidad española; una de ellas, aso-

mando medio cuerpo por la portezuela, dijo, dirigiéndose á Robles:

—Adió, moreno; ¿cuándo vaz á veme? ¡veraz con que sandunga te recibo! ¿eh, retrehero?

El Chango se pasó de largo sin hacer caso de las palabras de la mujer. Con todo y no ser grande el trecho, tardaron bastante en llegar á la plaza, pues en todo el camino tuvo Robles que irse deteniendo para recibir las saluciones, las indicaciones, los cuchicheos, las palmaditas de tanto personaje con quien se encontró. ¡Válgame Dios! ¡y cuánto sonrió, y cuánto gesticuló, y cuánto prometió aquel lisonjeado Changuito! A esa hora las calles de Plateros estaban henchidas de damas paseadoras, de lagartijos ociosos y de políticos no menos desocupados.

Robles vivía en Santa María, tuvieron que esperar el wagón; no tardó en llegar, ni ellos tardaron mucho en tomar asiento en él. También allí tuvo el Chango que hacer y recibir saludos, que repartir sonrisas y ser objeto de las más finas atenciones; aunque le hubiesen cobrado veinte veces el pasaje nada habría gastado, pues hubieran surgido cuarenta personas dispuestas con la mejor voluntad del mundo á pagar por él.

A Pacotillas le tocaban de rechazo, por decirlo así y como por carambola, muchas de aquellas cortesías, pues como los transeuntes de la calle y los pasajeros del wagón notaban la intimidad con que Robles le hablaba, se imaginaban que Téllez había de ser un personaje de muchas *polendas*, aunque extrañaban no conocerle; de todos modos, allá va la genuflexión, pues más vale desperdiciar un saludo arrojándolo á un quidam, que incurrir en la

imperdonable distracción de no saludar á un magnate.

En los ratos que las atenciones y caravanas de sus muchos y amartelados amigos permitían al Changuito dirigir la palabra á Pacotillas, le decía:

—Conocerás mi casa, á ver si te agrada; siempre te he tenido por hombre de gusto delicadísimo; si le encuentras defectos, no la censures con demasiada acritud, pues es obra enteramente mía; la fabriqué desde los cimientos; ¡qué guerra me dieron esas plagas que se llaman ingenieros, arquitectos, maestros de obras, albañiles, sobrestantes, peones y traficantes en materiales de construcción! Que los planos, que los presupuestos, que lo de acá, que lo de allá, hasta que me aburrí y tomé yo mismo la superintendencia de la obra. En cuatro meses escasos puse la última piedra. En los bajos están las habitaciones, en la azotea tengo mi estudio; verás mi biblioteca, tengo una colección completa y magnífica de oradores ingleses y otra de economistas; te ofrezco la obra que más te guste, en el patio tengo un jardín, á mi entender bastante bueno, no tanto quizá como los que el clásico Delille se dignó celebrar en su poema. En fin, ya verás...

Un estrépito atronador y una trepidación espantosa cortaron la palabra al Chango; la gente apiñada en el wagón se agitó, como las ramas de un arbusto cuyo tronco sacudiera una mano vigorosa, las señoras lanzaron diversas exclamaciones de miedo, dos caballeros que iban de pie, asidos de las correas que del techo penden, perdieron el equilibrio con aquel sacudimiento inesperado, y amenazaron caer sobre dos señoras obesas, que lanzaron un ¡Jesús! ahogado.

El coche se había descarrilado con gran violencia; unos muchachos traviosos habían puesto sobre un riel un puñado de cerillos y una piedra sobre el otro. Las mulas que tiraban del tren eran briosas, y estaban ganosas de correr, pues las acababan de uncir; se espantaron con la detonación, echándose fuera de la vía con tal violencia que llevaron consigo al coche, siendo vanos cuantos esfuerzos hacía el cochero para dar garrote y para refrenar á los espantados animales.

Como Robles creía representar allí á la autoridad, una vez pasado el alboroto, fué á interpelar al cochero sobre el motivo del accidente; riñóle por su descuido, censuró la incuria de los gendarmes que no vigilan suficientemente á los granujas, y dió otras muestras de autoridad.

Fué preciso que bajaran todos los pasajeros, pues el coche por nada quería ponerse en la vía. Aun después de aligerar el vehículo, costó trabajo acomodarlo, y se perdieron en la operación más de diez minutos. Detrás del wagón descarrilado se habían ido deteniendo uno á uno hasta doce wagones, cuyos cocheros y empleados venían á prestar sus servicios para remediar el desperfecto.

Corregido éste, colocados de nuevo los pasajeros, siguió el coche su camino con mucha mayor rapidez, pues había que recobrar el tiempo perdido; entró al fin triunfalmente por las hermosas calles de Santa María, formadas por casas nuevas y pintorescas; al pasar por delante de una de ellas, el Chango se puso en pie, se asió con mano nerviosa de la correa de la campanilla, haciéndola repicar violentamente; escuchóse el agudo chirrido del garrote y

el estrépito del coche que se detenía, bajaron los antiguos condiscipulos, y Robles dijo:

—Estás á las puertas de tu casa.

Una hermosa reja de hierro daba entrada á la elegante mansión del Changuito, una *J.* y una *R.*, doradas y enlazadas caprichosamente, formaban el monograma del dueño de la casa. Pasada la reja se entraba á un zaguán con pavimento de mosaico, paredes decoradas con frescos pompeyanos, cielo raso, en cuyo centro estaba pintada una figura de mujer cuya mano derecha parecía asir y sostener el metálico tubo que se terminaba en la llave de gas, donde se posaba por las noches la lumínea mariposa que vertía sobre el zaguán su dorado esplendor.

El patio era, en efecto, un jardín, lástima que sus dimensiones fueran pequeñas, por lo demás era bastante bello; una calzada enarenada conducía á una glorieta central, en cuyo centro había una fuente con peces de color, y en la circunferencia cuatro bancos rústicos sombreados por frondosos y gentiles troenos; calzadas laterales y oblicuas, cuidadosamente enarenadas, dividían el suelo del patio en verdes y floridos islotes.

En la pared del fondo veíase, bajo elegante hornacina, una estatua de Minerva de blanquísimo yeso. A lo largo de las paredes laterales había dos amplios corredores que se elevaban cosa de un metro sobre el suelo del jardín, y á los cuales se subía por escalinatas laterales de mármol negro; sobre el barandal de aquéllos, en grandes y hermosos tiestos de porcelana azul y blanca, había frondosas hortensias y raras y exquisitas begonias.

Robles hizo subir á su amigo por la escalinata de la

derecha. — Avisa á la señora, — dijo á un criado que, sombrero en mano, había salido á su encuentro; luego hizo penetrar á Pacotillas en un salón amplio y lujoso, diciéndole:

—Estás en tu choza, toma asiento, mientras llega el instante de que partamos el pan y la sal.

Pacotillas trató de sentarse en un sillón lujoso que estaba junto al sofá, mas Robles no lo permitió y le dijo:

—Déjate de cortedades, ya te dije que estás en tu casa, ahora eres el dueño.

Y le sentó en el sofá, colocándose él á su lado.

—No tarda mi costilla, ¿qué te pareció mi aborto de jardín, y qué te parece este conato de salón?

—Bastante hermoso el primero, y bastante lujoso el segundo, — dijo Pacotillas.

—Tú siempre sentencioso, — dijo Robles, golpeando el muslo de Pacotillas con la palma de la mano izquierda; — cúrate de esa manía, siquiera en las horas de charla.

En estos momentos abrió sus lujosas hojas de grandes y gruesos cristales, una puerta lateral, para dar paso á una dama esmirriada, desmejorada, trigueña, de aspecto enfermizo, que, cubierta con rica bata de seda, y con pasos graves y cara muy seria, se dirigió hacia los dos amigos.

Estos se habían puesto en pie. Robles tendió cariñosamente la mano á su consorte, pues no era otra la que había entrado y exclamó:

—¿Cómo te va, mi Rosita? Tengo el gusto de presentarte al señor don Francisco Téllez, aprovechado estudiante de Medicina, escritor público muy notable, joven de



gran talento é inmenso porvenir, y sobré todo muy buen amigo mío, y uno de mis condiscípulos más queridos.

—Servidor de usted, señora,—contestó Paco con serenidad, inclinándose cortésmente.

La dama, con aire soñoliento y ademanes desganados, hizo con la cabeza un leve saludo.

—Siéntate entre nosotros, mi Rosa pálida,—dijo Robles cariñosamente, alejándose al otro extremo del sofá; — te ruego que consideres á Paco como de la casa, dale conversación, pues él no peca de platicador.

La señora de Robles se sentó entre los dos amigos, notándose en todos sus movimientos una dejadez, y una indiferencia que la hacían parecer sonámbula.

—Está muy enferma, la pobrecita,—dijo Robles,— está como luego dicen pagando el noviciado; llevamos seis meses de casados, y ella cuatro de padecer; ¡pobre Rosita mía! —añadió con su voz más dulce.

—Así es la verdad, señor,—dijo la dama pronunciando muy lentamente las palabras; —por lo cual ruego á usted que me dispense.

— ¡Cuánto lo siento, señora! — respondió gravemente Pacotillas; — mas supongo, y así lo deseo cordialmente, que no será cosa de gravedad.

—En efecto,—contestó Robles,—se trata simplemente de una anemia tenaz y de los accidentes nerviosos que, como sabes tú, la acompañan; hemos consultado á los facultativos de más nota, y todos están de acuerdo en este diagnóstico; mas esto no obsta para que mi muy querida y delicada prenda sufra de la manera más horrible.

—Juan dice la verdad, señor,—dijo ella con tanta languidez como si fuera á morir; — si viera usted qué desvanecimientos tengo, qué descoyuntamiento siento en todo el cuerpo; no soy dueña de hacer el menor movimiento, porque se me nubla la vista, me zumban los oídos y siento que me enfrió; á todas horas se me va la cabeza, siento que me hundo y el corazón me palpita de un modo horroroso; y luego las punzadas: ya parece que me clavan un dardo en la cabeza, ya se me figura que me atraviesan el pecho de parte á parte, ya que me dan latigazos. En fin, señor, lo que yo padezco es indescriptible.

—Con toda mi alma compadezco á usted, señora,—contestó Pacotillas,— me imagino sin esfuerzo lo que usted debe sufrir; mas la ha de consolar que esos padecimientos tendrán término; pues con un plan tónico, alimentos sustanciosos y aire libre y puro, como el que usted respira en su deliciosa casa, no tardará usted en restablecerse, y yo así lo deseo.

— ¡Ay, señor! ya estoy desesperada, no puede usted figurarse la gran cantidad de píldoras de fierro que he tomado, y los vinos medicinales y los amargos; y nada de aliviarme; el apetito perdido, el sueño otro tanto, y las fuerzas perdiéndose más cada vez.

— ¡Pobrecita! ¡pobrecita! — dijo Robles; — ahora, Paquito, con permiso de mi muy querida consorte, te voy á ofrecer un trago de coñac para celebrar nuestro encuentro. Como te agradezco que hayas venido,—agregó poniéndose en pie,— ¡qué gusto me da volverte á ver!